



Diócesis de Lausana, Ginebra y Friburgo

Carta pastoral

«El diálogo por la verdad»

Mons. Charles MOREROD OP

Marzo de 2019

Había escrito una carta pastoral, y la he cambiado. No puedo no hablar de los acontecimientos últimos que enturbian gravemente nuestra Iglesia y su credibilidad. En un primer momento no quería volver sobre una cuestión de la que he hablado en mi carta pastoral de la Cuaresma de 2018, pero no puedo suponer que uno se acuerde de ella ni hacer como si los problemas estuvieran solucionados por adelantado.

Los abusos son dramáticos, y lo son especialmente porque afectan a personas que no pueden defenderse: menores, pero también mujeres adultas (entre otras religiosas) que han sido mantenidas en una situación de dependencia. La puesta a la luz de estos abusos merece un juicio primero positivo, a pesar del sufrimiento que provoca en las víctimas que reviven su drama, pero también en las personas que aman el Evangelio y la Iglesia. En efecto, si el primer sufrimiento de las víctimas ha sido el abuso, se ha redoblado y prolongado con la negación y la ocultación. Se debe proteger en primer lugar a las víctimas, así como a posibles futuras víctimas de los mismos abusadores. Es realmente bueno que la luz se extienda cada vez más porque es la condición de un cambio en profundidad. Es Cristo quien nos lo dice: «La verdad os hará libres» (*Jn* 8,32), «Pues nada hay oculto que no haya de manifestarse, nada secreto que no haya de saberse» (*Lc* 12,2).

Ciertamente la gran mayoría de entre nosotros piensa: ¡No tengo porqué pagar las faltas de otros! Sí y no, porqué incluso cuando se han cometido abusos por parte de sacerdotes (y obispos), las víctimas señalan con el dedo una complicidad más amplia de la «sociedad cristiana». En cuanto a los sacerdotes, veo el ministerio admirable de muchos de ellos, la ayuda considerable aportada a personas que sufren, y la sospecha levantada contra ellos es uno de los motivos de la búsqueda de la verdad, puesto que se nos percibe como unidos... Todos queremos poner en práctica bellos principios de solidaridad en la Iglesia, y estos principios no se limitan a algunos casos: «¿Que un miembro [de la Iglesia] sufre? Todos los miembros sufren con él. ¿Que un miembro es agasajado? Todos los miembros comparten su alegría» (*1 Cor 12,26*). Como el Papa nos invita a ello en su paralelismo entre abusos y clericalismo, debemos revisar nuestro punto de vista, en particular sobre los tipos de autoridad en la Iglesia, que están previstos para servir y no para favorecer vanidades ridículas, de uso del prójimo para su propio ego, que conducen a odiosas esclavitudes. Veo mi propia responsabilidad al respecto, pero no puedo llevarla solo.

El hecho de que los presidentes de las conferencias episcopales del mundo entero hayan sido reunidos por el Papa, y que el Papa mismo haya denunciado abusos

sufridos por religiosas, todo esto es una puesta a la luz bienvenida y necesaria. Sé que muchos piden que pasemos de las palabras a medidas precisas. Espero que lleguen, viendo la dificultad que hay en presentar medidas idénticas para el mundo entero, por ejemplo exigiendo una denuncia ante la justicia del Estado, aunque los Estados no son en todas partes una ayuda. En Suiza, al menos, podemos colaborar bien con las autoridades del Estado, es lo primero que debemos hacer: tenemos el deber de no ocultarles nada de lo que sabemos o sospechamos. La policía tiene el derecho y los medios de investigar de manera competente, yo no (por ejemplo). Fundamentalmente, tenemos una necesidad urgente de cambio de la cultura interna a la Iglesia, por el reconocimiento por Dios de nuestra igualdad ante Él, con una prioridad hacia los más débiles.

Durante el encuentro de febrero en Roma, la periodista mexicana Valentina Alazraki que trabaja en el Vaticano desde hace ya décadas, se dirigió a los obispos: «Podemos ser aliados, no enemigos. (...) Pero si no se deciden de manera radical a estar de parte de los niños, de las mamás, de las familias, de la sociedad civil, tienen razón a tenernos miedo, porque nosotros los periodistas, que queremos el

bien común, seremos sus peores enemigos»¹. Es además lo que también decían al menos una parte de las víctimas presentadas en la película *Gracias a Dios*. Soy testigo de la ayuda que aportan víctimas y periodistas cuando se acepta el diálogo. Los católicos que piensan en este momento que la Iglesia es víctima de una campaña de denigración, subestiman la lasitud de personas que, ayudando a arrojar luz, desean a menudo ayudar también a la Iglesia a purificarse.

La experiencia muestra que la Iglesia se reforma bajo la influencia de la santidad de sus miembros (típicamente San Francisco de Asís), pero también bajo la influencia de fuerzas aparentemente adversas, que estimulan las voluntades internas ... Cuando se nos ofrece un diálogo, como acaba de hacerlo Valentina Alazraki siguiendo en ello a numerosas víctimas, recordemos los beneficios que todos han podido sacar de algunos de nuestros diálogos en distintos ámbitos.

Entre los sufrimientos causados por factores directamente ligados a nuestra fe cristiana están los conflictos religiosos entre cristianos, todavía presentes aquí como animosidad mutua hace medio siglo. Sin embargo, en nuestras

¹ <https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2019-02/alazraki-mas-transparencia-en-comunicacion-sobre-abusos-vatiab.html>

regiones, se han superado ampliamente estos conflictos con décadas de diálogo ecuménico, y lo agradecemos todos. Al escuchar a los que creíamos que querían hacernos daño, no sólo hemos podido favorecer la paz con ellos sino también la paz con nosotros mismos. Este mensaje, o este testimonio, es actual en un marco más amplio: nuestra sociedad se arriesga cada vez más a estar compuesta por grupos yuxtapuestos que se cierran sobre ellos mismos. Se ve en las redes sociales grupos de personas que comparten siempre informaciones que van en un mismo sentido ... Este riesgo afecta evidentemente también a la Iglesia: no nos recojamos en nosotros mismos frente a las críticas.

Si queremos aportar una contribución a la sociedad en el ámbito del diálogo, debemos hacerlo también en el seno de la Iglesia, aplicándolo a muchos aspectos, pero señalaré uno que será objeto de una atención particular entre nosotros: el diálogo entre creyentes de distintos orígenes. En nuestra diócesis, la mayoría de los católicos practicantes son de origen extranjera: primero es un motivo de orgullo, a veces un motivo de tensión. Veo primero la alegría, porque sobre estos puntos personas alejadas de la Iglesia encuentran en nuestra fraternidad interna una verdadera

señal de esperanza². Si nuestras relaciones mutuas hacen a veces chirriar el adagio de Tertuliano «Vean cómo se quieren», también deben señalarse los casos en dónde nuestras relaciones son realmente una buena noticia. Allá dónde existe, nuestro diálogo es una contribución positiva a toda la sociedad (aquí estamos en primer lugar para anunciar la Buena Noticia). Se dedicará a este dialogo interno entre católicos suizos y emigrantes una sesión que reunirá a las personas que trabajan para la Iglesia (a mediados de noviembre de 2019.)

Mi carta debía hablar de diálogo ecuménico y de dialogo interno a la Iglesia: pues me refiero a ello, pero la actualidad lleva a un enfoque más amplio: ¡amemos la luz, no le tengamos miedo, y que el sufrimiento ligado a críticas fundadas sea para todas las personas implicadas una ocasión de liberación! ¡Que nuestra humillación nos haga más fieles a Cristo para que podamos ver en la iglesia el Evangelio que sigue!

² Por ejemplo la parroquia y las misiones lingüísticas de Renens han recibido del municipio el Mérito de la integración en 2005 y 2012.



Diócesis de Lausana, Ginebra y Friburgo

rue de Lausanne 86, case postale 512, CH-1701 Fribourg | +41 26 347 48 50
chancellerie@diocese-kgf.ch | www.diocese-kgf.ch